

## EL HILO ENCADENANTE O EL TIEMPO EN LAS CULTURAS

JOSEP M<sup>a</sup> FERICGLA  
DR. EN ANTROPOLOGÍA  
DIR. SOCIETAT D'ETNOPSICOLOGIA APLICADA I ESTUDIS COGNITIUS  
PROF. DEL MGS, DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA  
ASESOR ACADÉMICO INTERNACIONAL MAESTRÍA CULTURA Y DROGA PARA AMÉRICA LATINA  
www.etnopsico.org  
maestria.culturaydroga@ucaldas.edu.co

### RESUMEN

Texto de conferencia en el cual el autor plantea la relación entre tiempo y vida en cualquiera de sus manifestaciones, a partir de interrogantes que busca responder con referencias culturales del pensamiento e historia occidental y griega, la contemporaneidad industrializada y postindustrializada y los significados lingüísticos. Sitúa el tema en la complejidad de la comprensión cultural del tiempo. Ilustra con datos que arrojan las ciencias naturales, especialmente la astrofísica. Para la cultura occidental plantea su restricción en la dimensión cuantitativa, sin tener en cuenta la cualitativa en formas y contenidos. Precisa que en cada cultura y sociedad a través de sus estructuras el tiempo es determinado. En la cultura occidental la noción del tiempo como pasado presente y futuro, se constituye en un referente de dominación de la vida, lo cual hace más dramática la vida humana en las sociedades globalizadas actuales, con un tiempo sincronizado en el mundo globalizado, al cual se le quiere sacar el máximo provecho en cantidad de cosas que se hacen y las consecuencias dramáticas que de esta tendencia emergen para la salud humana, en especial por el estrés de hoy que se vive en occidente.

*Palabras clave: tiempo, culturas, vida, ciencias.*

## ABSTRACT

### THE LINKING THREAD OR TIME IN CULTURES

The following text is the conference exposed by the author on the relation between time and life in any of its manifestations, based on questionings that intend to answer the industrialized and post—industrialized contemporary times and the linguist meanings by means of cultural references of Greek thought and Western history. The author places the topic in the complexity of the cultural comprehension of time, making use of examples belonging to natural sciences, especially astrophysics. In regards to Western culture, time is restricted in the quantitative dimension, ignoring the qualitative forms and contents. Each culture and society determines its time by means of its structures. In Western culture the notion of time as past, present and future, a reference to life domination is constituted, making even more dramatic human life in present globalized societies. Time is synchronized in the globalized world, time that has to be well spent in as many things as possible, creating dramatic consequences harmful to human health, especially due to the amount of stress present in Western society.

*Key words: time, cultures, life, sciences.*

La sabiduría popular suele considerar el tiempo como una de las dos coordenadas básicas de la existencia: el espacio y el tiempo. Pero no es así. El tiempo es la esencia misma de la vida en cualquiera de sus manifestaciones. Y ya que la vida es incomprensible, el tiempo es el más angustiante, enigmático y profundo de todos los misterios de nuestra existencia.

De ahí, que me sienta profundamente agradecido por haber sido invitado a colaborar en este ensayo sobre el tiempo, aunque a la vez me resulte causa de sobrecogimiento. Sentarme a preparar este texto ha supuesto ponerme frente a la realidad más solemne que podemos conocer los humanos. El tiempo es el término que lo resume todo: la vida y la muerte. Comencé, como supongo hubieran hecho la mayoría, planteándome una de las preguntas eternas y distintivas del ser humano: ¿Qué es el tiempo? Acto seguido suscribí la sentencia de San Agustín cuando se pregunta: “¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta lo sé, pero si tengo que explicarlo a alguien, entonces ya no

lo sé” (Confesiones XI, 14). De la misma forma que este venerado cristiano continuó su investigación con tenacidad a lo largo de sus Confesiones, voy a seguir su ejemplo, aunque tal vez no invoque la ayuda de la divinidad con tanta frecuencia como hace el santo y me ciña más a mi humana experiencia del tiempo.

Se puede afirmar que el tiempo es la red invisible sobre la que acaecen todos los actos humanos. A su vez, cada acto es como un trazo que, sumado a todos los demás trazos, construye y estructura la vida de cada ser. De ahí que el tiempo sea la red invisible que sostiene la vida. Por otro lado, el tiempo es una categoría irreducible a ninguna otra categoría de la existencia. De ahí que es poco y muchísimo a la vez lo que se puede decir sobre ello, por lo que muy a menudo y en todas partes, el tiempo haya servido de excusa o de guía para expresar las más profundas reflexiones sobre la naturaleza humana. Por ejemplo, el contraste entre la naturaleza atemporal y extática que todo ser humano puede vivenciar –en especial durante las experiencias catárticas–, y la naturaleza temporal y de diseño biológico cerrado que también somos, ha sido motivo constante de especulación metafísica entorno de la esencia de lo humano. Una opción conduce al determinismo y a la existencia de una divinidad ulterior, la otra posibilidad abre las puertas a la evolución desde el misterio.

En tanto, pues, que categoría esencial e irreducible, el tiempo es objeto central de reflexión de la filosofía y de la metafísica, ámbitos en los que debo confesar mi ignorancia. De ahí que voy a centrarme en realizar una aportación desde la antropología. Y dado que una de las funciones de la antropología cultural es, justamente, facilitar el conocimiento del propio mundo a partir de la comparación con otros, trataré de describir y analizar la construcción del tiempo en otras culturas. Pero tal esfuerzo, en el fondo, debe conducirme a aclarar algo de nuestro hilo encadenante, de nuestro tiempo. Tampoco se trata de contrastar culturas ancestrales o exóticas con la nuestra para acabar dejando en el aire el aroma de que cualquier tiempo pasado fue mejor, sino que el contraste ha de servir para despertar una mayor consciencia de lo propio.

## I

Ya desde los primerísimos tiempos de nuestra historia escrita –con Homero y los filósofos presocráticos: Hesíodo en *Los trabajos y los días*, Ptolomeo, Píndaro...– se registran vivas polémicas sobre una gran diversidad de cuestiones de carácter cosmológico, ético, teológico y político, y todas estas cuestiones están relacionadas con la concepción que tenía del tiempo cada uno de los pensadores. Los filósofos que defienden un universo creado y que, por tanto, parten de la existencia de alguna divinidad que está más allá del tiempo se oponen a los que defienden lo contrario, que el universo es resultado del azar más deliberado y que el tiempo lo creamos en cada acto. A raíz del tiempo, pues, y desde hace ya milenios, se cuestiona la naturaleza del alma humana, el libre albedrío y el determinismo.

Así, en nuestras sociedades la discusión sobre la naturaleza del tiempo comienza con los griegos clásicos, a quienes cabe otorgar el mérito de haber sido los primeros en comprender, explorar y contrastar las diferentes corrientes de pensamiento relativas al tiempo. El gigantesco peso que hoy tiene el pasado en nuestra existencia individual y colectiva comenzó a desarrollarse entre los griegos en el siglo V a.C. Esta importancia se observa, entre otros, en el hecho de que la mayor parte de nuestra infancia la gastamos anclándonos en el pasado por medio de asignaturas escolares de historia y explicaciones familiares sobre el origen personal. En las décadas finales del siglo XX y primeras del XXI este anclaje ha variado substancialmente y, con ello, la orientación temporal de nuestras sociedades mediterráneas postindustrializadas: tal vez el pasado esté perdiendo el peso que ha tenido durante milenios, pero por el momento la constatación es válida.

Hasta el siglo V a.C., los griegos consideraban que la historia del mundo era esencialmente repetitiva y uniforme, de estructura circular. Por tanto, carecía de sentido hablar del pasado o analizarlo. Todo es presente que se repite eternamente: días y noches, lunas viejas y nuevas, primaveras, veranos, otoños e inviernos... En definitiva la muerte y la vida no son más que dos caras de un mismo círculo eterno. Los mitos fijaban en la memoria colectiva este ritmo circular divino y humano para recordar aquello que iba a suceder en el futuro

y tomar las medidas pertinentes en cada momento. Los mitos recordaban desde cuándo había que sembrar para poder cosechar en el momento oportuno hasta el hecho de que Edipo –hijo– acabará matando al padre aunque huya toda la vida de esta predicción oracular. Es el ciclo regular e invariable de la existencia.

Para los cristianos posteriores, en cambio, y aunque herederos de los logros helénicos, la historia comenzó a ser concebida no como ciclos que se repiten eternamente sino como una única línea evolutiva que empieza con el nacimiento de Cristo. En esta línea, según la cosmovisión cristiana, se pueden diferenciar varias épocas y acabará con la llegada del fin de los tiempos (curioso concepto éste –“los tiempos”– que implica esperanza y desesperanza a la vez, y que habla en un extraño plural de un factor que el propio cristianismo sacó de la pluralidad para encajar en un rígido marco único). En este sentido, es imposible exagerar la importancia histórica de este cambio en la concepción del tiempo.

El salto de concebir el tiempo como un factor diverso y repetitivo a verlo como un hilo único y evolutivo generó una actitud completamente nueva con respecto de la historia del mundo y del lugar que ocupa el ser humano en el cosmos. Nosotros hoy somos herederos de esta cosmología plana forjada hace unos dos mil quinientos años.

Podemos afirmar de forma incuestionable que el estilo en el concebir, organizar y vivir el tiempo es el reflejo más claro de la esencia de cada cultura, de cada sociedad. Así, y para poner un ejemplo cercano, acabo de hablar de tiempo, en singular; en otras culturas hablaría de las esencias de los tiempos, en plural. Pueblos distintos al nuestro conciben varios tiempos de fluir sincrónico que, a su vez, engarzan diferentes niveles de realidad. Nosotros solo disponemos de un único vocablo para referirnos a esta categoría irreducible, el tiempo, solo concebimos un plano de realidad pero, sin ir más lejos, nuestros ancestros culturales, los griegos clásicos, disponían de varios conceptos para referirse a esta categoría existencial. Los principales términos para referirse al tiempo eran Kairós y Chronos, aunque ninguno de ambos términos corresponde a nuestro concepto castellano de tiempo, ni al time inglés, ni al Zeit alemán. Kairós (kairooV) significaba tiempo en el sentido específico de

momento oportuno, de coyuntura favorable, de ocasión. Kairós es el momento presente determinado por una calidad y un estado de consciencia que le imprimen un contenido y no otro. Kairós también significaba punto vital u órgano esencial del cuerpo.

En cambio, Chronos (Crónoz) era concebido como una divinidad, significativamente hija de Urano (el Cielo) y de Gea (la Tierra). En el relato mítico, Chronos mató a su padre y devoró a cinco de sus seis hijos. El sexto hijo fue Zeus, dios eterno de todos los dioses, quien escapó de su padre (el tiempo entendido como transformación permanente de lo concreto) y a su vez lo destruyó. Así, Chronos era concebido como el cambio permanente, como el periodo dinámico, el paso de la existencia, el transcurso del tiempo que todo lo devora (día crónoz: después de haber pasado algún tiempo). No fue hasta finales de la época clásica cuando su nombre se asimiló al concepto abstracto y hierático de tiempo, tal y como actualmente sucede, dando origen a derivados como cronológico o cronómetro. Pero en su origen, Chronos era el tiempo en el sentido de cambio. En Rodas se celebraba un culto anual a Chronos durante el cual se sacrificaba un hombre al transcurrir del tiempo. Era la muerte que daba paso a la vida, transformación que forzosamente implica todo cambio. Además de Kairós y Chronos también había otros vocablos importantes en el mundo helénico para referirse a los distintos tiempos. Aiôn designaba la duración de la vida y también la idea de generación en tanto que tiempo específico que da sentido y acoge la vida humana (LLOYD. 1979:133 y ss.). En Platón y en autores posteriores aiôn era usado en el sentido de la fuerza de la vida, a veces como sinónimo de eternidad. Se habla del aiôn que abandona al ser humano en el momento de su muerte: se acaba su tiempo. De ahí nació el actual vocablo griego aein (aei) que significa “para siempre”. Otros dos términos helénicos interesantes son êmar, que se suele traducir por “día” aunque sólo se puede utilizar en expresiones concretas tales como nostimon emar, el día del retorno, y de donde evolucionó el actual îmar griego que significa el día, en sentido del periodo diario de solación, la diurnidad, no las veinticuatro horas calendáricas. Finalmente, los helénicos clásicos disponían del término hôra, usado para designar las estaciones y también el momento conveniente

para realizar una actividad, al estilo de la expresión “es tiempo del matrimonio”. Este concepto, aunque empobrecido, ha perdurado en nuestros idiomas románicos en expresiones especiales tales como “ha llegado la hora”, en el conocido sentido de que ha llegado el momento oportuno para realizar alguna actividad específica, o más concretamente en la expresión “ha llegado su hora”, para indicar el momento de la muerte.

En textos griegos arcaicos, como los de Homero, sería completamente erróneo buscar concepciones abstractas del tiempo o métodos precisos para medirlo. Incluso el año era dividido en tres estaciones: la primavera, el verano y el invierno, pero los términos concretos para referirse a ellas hablaban de calidades del tiempo, no de abstracciones. Por ejemplo, *cheimon* significa tempestad e invierno a la vez, u *opora* significaba “la maduración de los frutos y los granos” y fue el vocablo que más tarde se adoptó para referirse al otoño. Dicho en otras palabras, nuestros ancestros griegos, de igual manera que en la mayor parte de otras sociedades, no medían el tiempo, no lo observaban ni sumaban periodos. Eran libres de las ataduras que impone un tiempo concebido de forma cuantitativa. Como afirma un famoso aforismo “deja de intentar observar el tiempo y te librarás de él”, esto lo hacían los griegos y es justo lo contrario a lo que se observa en nuestras sociedades. Una parte relativamente importante de la vida actual se ocupa observando el paso del tiempo para, vanamente, ganar tiempo al tiempo. Cuanto más se piensa en el tiempo y las humanas preocupaciones más giran alrededor suyo, más se está atado al paso de un tiempo vacío que sólo se evapora ya que, en sí mismo, es nada, carece de existencia. La actitud occidental dominante hubiera sido –y es aún– casi inconcebible por aquellos humanos socializados en otros parámetros culturales, como los citados griegos arcaicos.

En nuestras culturas postindustrializadas, como iré analizando, hay una concepción del tiempo desde una óptica casi exclusivamente cuantitativa. Otros pueblos viven el tiempo –y por tanto, la existencia misma– de forma cualitativa no cuantitativa. No importan tanto las horas transcurridas, cuyo dato con frecuencia ni se sabe, sino lo que se ha hecho con ellas, qué ha sucedido

durante este lapso, cómo se ha llenado, qué ha dado sentido a este tiempo concreto...

Quisiera ahora centrarme en tres dimensiones diferentes y universales del factor tiempo, dimensiones desde las que la antropología puede realizar alguna aportación. Estas tres concepciones parecen ser básicas en las diferentes culturas estudiadas por la etnografía (se exponen de forma simple e interesante en SERVAN-SCHREIBER. 2001). Me referiré al tiempo de la naturaleza o tiempo del universo, al de la cultura o tiempo social y al tiempo vivencial que experimentamos a nivel de cada individuo, el tiempo subjetivo.

Con toda probabilidad sería más correcto utilizar distintos términos en referencia a cada una de tales dimensiones, pero nuestro vocabulario, como he comentado, es muy pobre en el ámbito temporal. Expresiones tales como: ¿Qué tiempo hace hoy?...; Llegó a tiempo...; Lo siento pero ahora no tengo tiempo...; Aquel aún vive en los tiempos de Matusalén...; Este tiempo verbal está mal usado...; El director de la orquesta marcaba un tiempo andante pero el primer violinista interpretaba la sinfonía a un tiempo moderato y se acabaron por enfadar al final del primer tiempo... y otras expresiones que podría seguir buscando utilizan un único vocablo para referirse, cada una de ellas, a distintas realidades. Así pues, y a pesar de esta indigencia léxica comienzo por examinar el tiempo de la naturaleza o tiempo cósmico.

## II

Según nuestros astrofísicos, la vida del universo empezó a una temperatura de 1016 grados (unos diez mil millones de grados) y hace unos 10.000 a 15.000 millones de años-luz (REEVES, ROSNAY, COPPENS, SIMONNET. 1999). No se sabe con exactitud pero esta es la edad que la ciencia supone al cosmos. Esta temperatura y tiempo-distancia están tan lejos de la magnitud humana que resulta impensable en la dimensión de lo concreto. ¿Alguien puede imaginarse en kilómetros cuánta distancia equivale a lo que recorre la luz –los famosos trescientos mil kilómetros por segundo, aunque no sea ésta

la cifra exacta— durante 15.000 millones de años? Esta categoría de tiempo es una metáfora, forma parte del mundo de los mitos. Es un mito más, como lo es también la ciencia. Algo parecido sucede al tratar de pensar sobre la existencia de la Tierra: nuestros especialistas han calculado que nuestro planeta existe desde hace unos 4.000 millones de años y que puede durar aún otros 5.000 millones de años más. Es decir, está llegando a la mediana edad. Podemos bromear sobre ello, pero la percepción fáctica real de esta cantidad de tiempo está mucho más allá del alcance racional de la imaginación humana de lo concreto. Tales cifras aunque nos dan referencias temporales del universo, no son cifras reales como lo pueda ser el precio del kilo de aguacates, sino que son abstracciones científicas para delimitar esta síntesis de la velocidad y del espacio que denominamos años-luz. Lo cual, por otro lado, viene a corroborar que la medida de todo es el tiempo no la dimensión espacial.

Ahora, suponiendo que se pueda pensar tal fenomenal cantidad de tiempo —por ejemplo a través de una metáfora científica o mitológica— lo primero que aparece tras la sólida reflexión es uno de los grandes interrogantes por responder que tiene frente a sí el ser humano. Es una cuestión que resulta estremecedora y a la vez es una fuente de ansiedad muy fértil: y antes del hipotético Big-Band, aceptando que hubiera existido ¿qué había? ¿Qué había antes de todo? ¿Cómo, cuándo y dónde empieza todo? Antes del primer segundo de existencia del universo: ¿Qué sucedía? Justamente, se debe a tal incapacidad para entender el tiempo del cosmos, el tiempo de antes del primer instante que, por pura necesidad vital, para no sucumbir a la misma angustia que genera la no respuesta al qué hay tras la última expiración de cada persona, los humanos hemos construido metáforas que nos hacen pensable una respuesta. Es una respuesta que nos permite pensar que entendemos algo del gran misterio. Pero solo pensamos que lo entendemos. Esto pone de relieve que la única pregunta verdadera debe referirse a nuestra propia existencia, a nuestra consciencia, al origen de nuestra realidad. Leibniz se preguntaba que por qué hay alguna cosa en lugar de no haber nada, y Heidegger se preguntaba si nuestra lógica, la que orienta nuestras preguntas y respuestas, es realmente la suprema instancia, si los argumentos que son válidos en la Tierra pueden

ser extrapolados al universo entero. Estas cuestiones dejan al descubierto que la ciencia, por lo menos hoy por hoy, es incapaz de responder a las grandes preguntas. Y el tiempo está entre ellas.

Explicado de otro modo: nuestros físicos teóricos afirman que el tiempo del universo es un factor reversible. La pregunta que sigue entonces, si alguien se lo plantea desde la humana experiencia del tiempo, es obvia: si hago dos huevos fritos y me los como, ¿podría volver el tiempo atrás, los huevos fritos convertirse de nuevo en huevos crudos y tomar otra ruta hasta convertirse en dos hermosos pollitos que yo me había ya comido en forma de huevos fritos? Los físicos admiten que para los huevos fritos el principio de reversibilidad del tiempo no sirve. Que si no hay nada que se mueva y se desarrolle, el tiempo desaparece, pero que si hay cambios, estos surcan el camino aunque solo sea un juego ilusorio. La realidad de tiempo cósmico, pues, en el fondo es equivalente a la que describe el conocido poema de A. Machado:

Caminante son tus huellas el camino y nada más.  
Caminante no hay camino, se hace camino al andar.  
Al andar se hace el camino y al volverla vista atrás  
se ve la senda que nunca  
se ha de volver a pisar.

Desde esta perspectiva, el tiempo es sólo una ilusión. Así lo afirma también el budismo desde hace unos tres mil años, pero puesto que nos hallamos en un mundo donde predomina la ilusión de la temporalidad es necesario que cada cosa se haga a su tiempo, así que seguiré analizando esta metáfora que voy a llamar una visión cultural del tiempo cósmico.

Para poder entender a nuestra dimensión humana el insondable tiempo universal, en años recientes se ha elaborado una interesante equivalencia entre la cantidad de tiempo transcurrido desde el origen de la Tierra como planeta (repito, 4.000 millones de años) con un sólo año; esta dimensión temporal sí puede ser contrastada fácilmente con la experiencia inmediata de todo ser

humano. Así, vamos a pensar en términos metafóricos de un año. Si la vida de la Tierra se hubiera iniciado hace tan solo un año, nuestra especie homo no hubiera nacido hasta las 23:45 horas del día 31 de diciembre, es decir un cuarto de hora antes de acabar el año y llegar a punto presente. Es cierto que los paleontólogos, gracias a sus descubrimientos, van retrasando cada día un poco más la hora del nacimiento de nuestra especie, pero en términos relativos no es mucho más. Si ahora, y dentro de este lapso de un año, tratamos de situar el momento en que se origina nuestra propia andadura cultural, colocándolo con cierta arbitrariedad en la simbólica fecha del nacimiento de Cristo, estaríamos en las 23:58 horas del último día del año. Faltan tan solo dos minutos para llegar al instante presente. Si afinamos aún más la metáfora y buscamos la profundidad histórica de nuestra moderna sociedad industrializada, nos situamos a tan solo una décima de segundo para acabar el año. En otras palabras, la historia de la cultura occidental actual es a la duración de la vida en la Tierra como una décima de segundo es a un año. Ahora, por medio de esta metáfora, resulta más fácil que nuestro pensamiento comprenda la importancia del pavoroso descalabro ecológico que está generando una sola especie viva en tan solo una décima de segundo dentro de un año que es el tiempo que ha tardado la vida en la Tierra para alcanzar el momento presente con toda su diversidad de formas de vida. También ahora se puede reflexionar mejor sobre la nimiedad temporal de la existencia humana sobre la Tierra: en total y partiendo de nuestros primeros ancestros, quince minutos dentro de un año. Creo que la mayoría estaría de acuerdo en que... ¡somos poca cosa!

Por otro lado, el tiempo cósmico es también el tiempo de la naturaleza, de las estaciones, del cambio climático anual que a su vez provoca cambios en nuestros estados de ánimo y en nuestra vida cotidiana. Podríamos decir que el tiempo natural es vivido por los humanos como una temporalidad de predominio cualitativo, no cuantitativo. Muchas otras sociedades han organizado su existencia siguiendo este tiempo natural transportado a la escala humana: del ritmo cósmico han derivado su tiempo sociocultural. Antes he descrito con cierto detalle el ejemplo de nuestros ancestros griegos pero las ilustraciones etnográficas podrían extenderse durante muchas páginas.

La mayor parte de sociedades han distinguido radicalmente entre la medida del tiempo y la forma en que se siente o se percibe el tiempo. Algunos pueblos se han interesado en medirlo, pero otros han mostrado poco interés por ello (a excepción de especialistas en astrología, sacerdotes y otros individuos cuya misión era medir el tiempo, pero cuyos intereses solían estar tan alejados del resto de sus compatriotas como en la actualidad sucede, por ejemplo, entre los intereses de un antropólogo cognitivista y el resto de la población). En este sentido y para mencionar un ejemplo que atañe a más de la cuarta parte de la humanidad, en la China tradicional se apreciaba hasta tal punto la cualidad del tiempo que este vector constituía el pilar central para ordenar la vida. Cada tiempo, con sus propias cargas que lo determinaban, llegaba, pasaba y volvía a llegar, se marchaba de nuevo para regresar una y otra vez. ¿Para qué cuantificarlo meticulosamente si lo importante era lo que sucedía en cada periodo? Lo que caracterizaba cada fragmento de vida –para nosotros “de tiempo”– es la rama florecida de ciruelo, los tallos nuevos del bambú, el grito agrio del pato gris o el dulce canto de la oropéndola. Cada parte del ciclo anual está marcada por una suma de sabores y perfumes que, mezclados con determinado estado de la consciencia particular, sitúan cualitativamente el tiempo. Lo determinan. Esto es lo básico que para los chinos constituye la materia a partir de la cual construir el tiempo.

Los célebres haikai, más conocidos por la denominación japonesa de haiku, son poemas cortos –de 17 caracteres en 3 versos– de origen chino que se improvisan en el instante de recibir una emoción fuerte para fijar y transmitir dicha impresión. Se trataba de diseñar una especie de imagen del momento, de parar el instante subjetivo en épocas en que la fotografía no existía. Los haikai eran formas de dar un cuerpo transmisible al carácter que llena cada instante, de congelar la calidad que dictaba cómo era un fragmento temporal concreto. El tiempo abstracto no existe, no eran una medida cronológica abstracta y externa. Para citar un ejemplo de esta versificación que aspiraba a fijar el instante eterno la escojo del libro recientemente publicado en castellano Poemas japoneses a la muerte. Se trata de un haiku que compuso un samurai llamado Sokan alrededor del 1540, justo en el instante antes de morir. Este poema o

imagen del tiempo recoge un estado de ánimo sarcástico y despreocupado por el tránsito hacia la muerte, reza así:

*Si alguien preguntara  
dónde ha ido Sokan,  
decid tan solo:  
“tenía cosas que hacer  
en el otro mundo” (HOFFMANN. 2000:73).*

Este es el retrato cualitativo de un instante, de un tiempo. Así, se observa en multitud de pueblos que el tiempo cósmico, aunque incomprendible en su dimensión profunda, marca directamente la vida de los humanos a través de los cambios de la naturaleza.

En la cultura china, la forma de designar el tiempo más cercana a cómo se denomina en nuestras sociedades es por medio de la categoría Shih (LARRE. 1979:40 y ss.). No obstante y en una traducción más libre, el sentido de este ideograma, Shih, se acerca más a la designación de un estado de conciencia que a su vez determina la experiencia del tiempo, que a una cantidad. El tiempo es entendido como hijo del estado de conciencia que predomina en cada instante de la vida. Es decir, hay un predominio absoluto del tiempo subjetivo. Además, este ideograma suele ir seguido por otros componentes lingüísticos que matizan la expresión: por ejemplo Shih Chi, que insiste en el aspecto casi intangible de la ocasión en un sentido cercano al Kairós griego, o Shih ling que se refería al calendario, pero a diferencia del nuestro construido a base de meses abstractos, de mero interés cuantitativo (365 días divididos en partes lo más igual posibles), Shih ling viene a significar el aliento que anima cada estación o periodo del año. Es a partir de este aliento vital cósmico desde donde se fijan estrictamente las ordenanzas que regulan la vida. Tales ordenanzas surgidas de la calidad anual del momento, en el mundo chino, implican ámbitos tan dispares y complejos como la forma de gobierno específica en cada época del ciclo anual, los vestidos que se deben usar en cada época, las labores del campo y del hogar, los alimentos adecuados, el color que debe dominar, los sonidos y por tanto la música adecuada para sonar en cada es-

tación, etcétera. Todo, literalmente, debía estar en armonía con el cosmos: desde el tono musical y el estado de ánimo hasta la forma de gobernar o las labores manuales de las abuelas. El emperador chino y su gobierno trabajaban conjuntamente, como en un engranaje, para encajar el tiempo del cosmos con el tiempo de la tierra y de los humanos. Como es bien sabido, la concepción china del tiempo es uno de los aspectos más profundos de esta civilización oriental.

Hace ya varios milenios que los chinos mandarines consideran que el tiempo abstracto no existe, hasta el punto de carecer de términos para referirse a él. Un chino diría que antes de que se pudiera hablar del tiempo solo existía la imprecisión, el caos. No había tiempo y tampoco había principio. Tiempo y principio empiezan y acaban a la vez. Cuando desaparece un ser, cuando regresa a lo indistinto, el ser acaba y con él su tiempo. Fuera del ser no hay cambio, y fuera del cambio no hay tiempo.

La cultura china concibe que por encima del tiempo fenomenológico que comienza y acaba, cuyo principio y fin vienen determinados por la cualidad de la vida de cada ser concreto, existe lo que carece de principio y de fin, aquello innombrable de lo que todo procede y a lo que todo vuelve: el tiempo es sólo una creación del ser vivo para medir sus propios cambios. Es la idea básica de la sabiduría clásica china, expresada en el primer poema del universal libro de Lao Tse Tao Te Ching:

El Tao que puede ser expresado con palabras  
no es el Tao eterno.

(...)

El infinito insondable es la puerta de todos los misterios.

(LAO TSE, Tao Te Ching, versión de Oasis, Barcelona, 1995).

De ahí que para el individuo oriental, a semejanza de otras diversas culturas amerindias y africanas, lo que más importa es la calidad del momento, factor que viene determinado por un tiempo cósmico que el sujeto no intenta com-

prender y menos aun medir. En estos pueblos, el interés se centra en comprender la tendencia que orienta cada instante para ponerse a favor de este viento: esto es lo que se trata de entender, no la cantidad exacta. Esta búsqueda sutil de la calidad del momento ha empujado a estas culturas a elaborar complejos sistemas oraculares relacionados con la astrología, la medicina y la filosofía, sistemas que operan con la idea del cambio permanente y que tienen en consideración fuerzas infinitesimales. En este sentido, el libro oracular chino I Ching, debería ser considerado el primer y más importante tratado del tiempo que haya escrito la humanidad. Para esta milenaria civilización oriental, el tiempo concreto, el que vive y experimenta el ser humano, es la sucesión de instantes presentes, vivos, distintos y cualitativamente cargados.

Así, y para ilustrarlo de nuevo, nuestras formas idiomáticas solo pueden ser usadas con un elevado nivel de formalización temporal, que se refleja en el rígido y meticuloso uso de los verbos. Cualquier expresión debe tener presente, pasado o futuro, pero no sucede lo mismo en lengua china, ya sea antigua, clásica o moderna (LARRE. 1979:48). En este idioma se busca la máxima ambigüedad verbal lo cual permite que las expresiones sean incomparablemente más flexibles, con sabor a infinito. La acción a la que refiere cada frase es expresada sin un tiempo verbal que la condicione. El pensamiento chino, a decir del sinólogo Claude Larre, se fía de la inteligencia. La frase castellana ella lo desea pero viendo que aún no había llegado el momento, se ha marchado y regresará más tarde contiene formas temporales de pasado, presente y futuro. Se indica el tiempo con meticulosidad. En chino esta frase no se puede traducir literalmente. En aquel idioma, el tiempo verbal desaparece para dar importancia a la cualidad del momento, con lo que la traducción más próxima sería: ella venir, ver no buen momento, marchar, venir en momento con cosa buena. En esta frase hay una intensidad vital que valora el presente por encima de la temporalidad. La vida es flujo, movimiento universal y esto es lo que acentúa la cosmovisión china proyectándolo en su construcción del tiempo.

### III

En segundo lugar analizaré el tiempo sociocultural. Como he comentado hace un momento, en otras sociedades de valores polisémicos, el tiempo natural servía como base estructural para edificar el tiempo cultural, con alguna excepción de menor importancia. El ser humano tradicional o en sociedades simples siente la trascendencia en cada uno de sus actos concretos. Los valores culturales le ayudan a entrelazar su temporalidad con el cambio cósmico. En especial, durante los actos ritualizados en los que se tiende a experimentar la atemporalidad, la eternidad del instante total. En este sentido y para citar un ejemplo extraído de nuestro mundo agrícola tradicional, cabe mencionar los ritos solsticiales de verano, el 21 de junio. Estos ritos anuales pautaban la pesada labor colectiva de la cosecha de cereales en la cuenca mediterránea y también actuaban de acicate para la renovación anual de la vida individual. Tales ritos solsticiales aunaban en un camino único la vida individual, la vida colectiva y el cambio cósmico, actuando por medio de fuegos ceremoniales donde ardían los restos del invierno, los restos del pasado de cada uno y, a la vez, coincidía con el momento de máxima plenitud anual del sol, con el día más largo del ciclo anual.

Cuando nuestros lejanos ancestros del neolítico encendían los fuegos heliolátricos –de adoración al sol–, en su cosmovisión estaban ayudando a que el sol continuara su camino anual hacia la oscuridad, el frío y la muerte del invierno, pero aprovechaban el momento de máxima solación para su propia vida. De ahí que, a pesar de que el cristianismo luchó con todos sus medios durante siglos para erradicar tales celebraciones paganas, ante la inutilidad de su intento de frenar los cambios de la naturaleza que eran seguidos por los humanos, acabó por apropiarse de tales ritos obliterándolos –rebautizándolos sin casi tocar el contenido– bajo la forma de onomástica de San Juan, personaje solar bíblico por excelencia (vivía en el desierto, montaba un caballo blanco, vestía ropas de lana de dromedario, animal también solar por resistir el sol del desierto...). De igual manera sucedió con los otros ritos ígneos anuales. Medio año justo más tarde del solsticio de verano es el solsticio de invierno –el

día 21 de diciembre—. A partir de este momento natural, el sol va recuperando sus fuerzas, los días alargan lentamente las horas de solación, el milagro de la naturaleza se ha dado de nuevo, el frío y la oscuridad invernales que estaban ganando la partida al sol y a la luz, se ven reducidos en este ir y venir del tiempo cósmico. De ahí que diversos de los grandes maestros fundadores de religiones (Jesús, Mahoma, Zaratustra, Buda) hayan nacido el día del solsticio de invierno, Navidad: ellos simbolizan la acción humana apoyando la naturaleza para la regeneración eterna de la vida. Para nuestros ancestros, tal renovación cósmica se debía a su humano esfuerzo en alimentar los fuegos sagrados. De todo ello nos han llegado tradiciones muy extendidas como los fuegos de San Juan, las fallas de Isil y de otros pueblos pirenaicos, la bajada de teas encendidas en los Alpes, el tío y los demás fuegos navideños, etcétera (FERICGLA. 1990). En aquellas épocas –que han durado milenios– el tiempo cultural, marcado por ritos y ceremonias, era un reflejo humano del tiempo cósmico. La actividad de los humanos estaba directamente vinculada con los cambios eternos del universo, formaba parte consciente de ellos, incluso los empujaba de una forma simbólica.

En nuestras sociedades contemporáneas, el tiempo cultural es arbitrario y nos avasalla. Vivimos completamente atrapados y atados a un muro gigantesco por medio de los hilos invisibles de la temporalidad tecnológica. Por un lado tenemos un tiempo social genérico marcado por relojes, agendas y calendarios que van sumando minutos a minutos, horas a horas, días, meses y años... Cada una de estas dimensiones contiene cuantitativamente a las anteriores. Los relojes suman los minutos y las horas, cada veinticuatro horas es un día. Aquí es donde la agenda toma el relevo al reloj encadenando las horas a los días, las semanas y los meses. Luego sigue el calendario, cuya función es atar los meses de la agenda a los años numéricos. Todos iguales.

Nuestro estilo cultural nos socializa para llenar el tiempo de forma cuantitativa, dividiéndolo en actividades determinadas por la cantidad de tiempo que se les dedica no por la intensidad de la actividad o la cualidad del acto: citas, entrevistas, compras, rutinas... Cada una de ellas ocupa un sector de

agenda, pero de un sector a otro no cambia casi nada más que la cantidad. A las doce una cita, a las dos otra para comer, a las cuatro y media la siguiente reunión...

La monotemporalidad de nuestras vidas viene prefijada por las estadísticas y gracias a ellas cada individuo sabe lo que va a hacer –lo que se le ha programado– en cada momento de su futuro, desde el nacimiento hasta la muerte. Solo se trata de casillas que hay que ir sumando (¡o restando!) y poco más. Efectivamente, esto es lo que hace la mayoría de mis compatriotas: a los pocos años de edad entran en la escuela primaria para obtener una titulación, luego vienen más años de escolaridad que acabarán reflejados en otro libro de escolaridad y a una edad prefijada, a lo que continua la universidad prevista para ocupar la vida de nuestros jóvenes entre los diecisiete o dieciocho y los veintidós a veinticuatro años. El resto es una historia de todos conocida: a los veintitrés años de promedio se da la angustiante búsqueda del primer empleo, luego la del segundo... y así hasta el final. Es un marco cronológico muy bien ajustado para controlar las grandes masas humanas, todo se perpetra y organiza usando cifras vacías de contenido. El azar, la sorpresa, las emociones, en definitiva la vida espontánea sobra.

Para el Estado, este lúgubre y truculento Ente que fija la superestructura del tiempo sociocultural, cada ciudadano se resume en dos cifras a partir de las que elabora sus estadísticas de control. Las dos cifras que, para el Estado, resumen la existencia de cada individuo son: i) un voto que hay que conseguir cada cuatro años para perpetuar al Estado (y los partidos hablan significativamente y sin ni tan solo usar eufemismos de “arrancar” y de “arrebatar” el voto a los ciudadanos; ni una sola consideración a sus intereses reales); ii) la segunda cifra que resume la vida de cada sujeto de la masa es la previsible cantidad de dinero que pagará en forma de impuestos directos o indirectos. Al Estado, y a la gran industria mundial que lo alimenta, no preocupa nada más. Nuestro tiempo es un factor a organizar en aras de sus propios intereses. Probablemente sea en la forma social de organizar el tiempo donde mejor se observa la situación que el antropólogo Pierre Clastres denominó situación

del Estado contra la sociedad. Más adelante desmenuzaré con mayor detalle este enunciado.

Dentro de este esquema cuantitativo, previsible, vacío de contenido, de emociones y de vida, cada sujeto trata de insertar su existencia individual como puede. La sensación es la de que cada uno lucha por salvar pedazos de vida por entre las pequeñas grietas que deja la estructura social del tiempo. La mejor imagen metafórica para este estilo de tiempo que hay en nuestras sociedades es la de una araña atrapada en su propia red. Cada vez que un occidental quiere reunirse con algún amigo para pasar una hora juntos suelen tener que revisar su agenda y, de entre las múltiples citas que la ocupan, tratar de rescatar un poco de su propio tiempo para encontrarse, fragmento de vida que extrañamente dura más de dos o tres horas y es de final cerrado.

La mayor parte de mis compatriotas occidentales –y yo mismo– se pasan los mejores años de la vida humana, la época estudiantil, ocupando el tiempo (en una gráfica expresión de J.L. Servan-Schreiber) al ritmo de tambor de los exámenes. Personalmente, recuerdo lo mal que lo pasé cada primavera, durante largos años, preparando los exámenes finales de junio y siguiendo, a través del cristal de la biblioteca de la Universidad, el intenso y verde despuntar del césped y de los brotes nuevos de la yedra de los jardines. Cada primavera, refrenando el bullir alegre de la sangre, pensaba –al igual que casi todos mis compañeros– que cuando los estudios acabasen viviría de otra manera más libre, más plena de sentido, más profunda. Pero era solo una quimera. A medida que se entra en el mundo profesional cada uno de nosotros descubre dramáticamente que su anhelado tiempo libre es otra vez la vieja zanahoria que se aleja más y más.

Nuestras sociedades han creado un tiempo –especialmente en las grandes urbes– que sólo tiene cantidad, carece de calidad, está vacío de contenido. Pocos jóvenes o adultos podrían enumerar quince diferencias entre lo que da contenido al mes de abril y lo que sucede, por ejemplo, en octubre. La agenda indica una reunión de las diecisiete a las diecinueve horas. Casi da igual

con quién se va a reunir el propietario de la agenda durante estas dos horas. Simplemente están ocupadas, circunscritas dentro de un marco rígido. No se trata de un tiempo vespertino, tranquilo y libre cuyos límites vienen marcados por el placer de saborear el té de las cinco de la tarde como sucedía entre los pueblos bretones. Nada de esto. Hoy es solo el sector de tiempo que va de las diecisiete a las diecinueve horas, carece de importancia el estado o deseos previos del sujeto a las diecisiete (aunque probablemente ni lo sepa). A esta hora en punto empieza la reunión y se trata de dos horas ocupadas, y este solo se trata de tiempo ocupado es lo que caracteriza la mayor parte del tiempo en las sociedades postindustriales. Cabe preguntarse: ¿Cómo se relacionan estas actividades que construyen nuestro tiempo con el devenir cósmico? La respuesta es obvia: no hay relación alguna, son dos órdenes de realidad distintos.

Hay culturas cuya orientación temporal predominante se centra en la experiencia del presente, del ahora. Otras sociedades orientan su tiempo hacia el futuro y otras hacia el pasado. Así, y para citar una ilustración sacada de la observación etnográfica, hay una actitud habitual en los individuos socializados en el mundo latino, especialmente en México, que suele disgustar a los europeos, en especial a los alemanes: se trata de la costumbre latina de llegar tarde a las citas. Mejor dicho, la despreocupación para llegar puntuales, que no es exactamente lo mismo. Si se está a la hora acordada bien, en caso contrario también bien. Un examen más detallado de tal actitud pone de relieve que no se trata de una despreocupación o falta de respeto por la persona citada sino que se trata de un predominio del presente donde el futuro carece de límites claros. El individuo mexicano –tal vez– sale de su casa con la antelación necesaria para llegar puntual a la cita, pero si por el camino el azar le lleva a encontrarse con algún conocido, de pronto este ahora adquiere relevancia sobre el después y el sujeto preferirá quedarse un rato charlando con el conocido que se acaba de encontrar que dejar este presente por un futuro abstracto: la cita. Para los mexicanos decir “mañana” equivale a cualquier futuro o a nunca. Tal vez Freud hablaría de un principio de realidad mal sedimentado que dificulta posponer el placer actual en aras de una mejor situación futura. Personalmente tengo mis dudas sobre la presunta validez transcultural de

este postulado y, sea como sea, el típico planteamiento judío defendido por Freud –también judío–, ha envenenado nuestras culturas entrenándonos para lo contrario a lo que hace el mexicano: construimos la vida en un permanente posponer el placer inmediato arrastrados por un principio abstracto de realidad. En caso contrario, es habitual que el sentimiento de culpa se instale en algún rinconcito, o en el centro mismo de la sala, de nuestro ser: es la vieja zanahoria que pretende justificar cualquier sufrimiento actual, propio o causado a otros, en aras de un futuro paraíso que debe llegar al final de los tiempos. Cuando un europeo tiene una cita y se encuentra con un amigo durante el trayecto hacia el punto de encuentro, suele sacrificar la charla del ahora y llegar puntual al después.

Cada cultura tiene un horizonte temporal distinto y específico que condiciona la vida de las personas. Nuestros patrones culturales actuales, especialmente en referencia a las personas de mediana edad al cambio de milenio, nos anclan en el pasado: gastamos mucho tiempo de escolarización estudiando historia. Luego, hay un cambio brutal de orientación y somos lanzados hacia el futuro a corto plazo: es frecuente ver ancianos realizando esfuerzos para entender y manejar Internet. ¿Qué está sucediendo con nuestro tiempo sociocultural? Como sociedad antigua que somos, se nos enseña con gran precisión la historia y origen de nuestras manipuladas señas identitarias, aprendemos a usar las formas verbales de pasado con excelsa meticulosidad. En España, decir “hace un rato”, a pesar de la imprecisión temporal de la expresión, implica que se trata de un lapso menor a una hora, y todo el mundo lo entiende así aunque nunca se haya especificado. En caso contrario, se habla de “mucho rato” o se puntualiza la cantidad de tiempo transcurrido, “hace ya tres horas que se fue”. En Colombia en cambio, y para el ejemplo de una nación joven con una historia que no tiene más de dos siglos, se usa la expresión hace un rato para referirse a algún momento impreciso del pasado. En Colombia hace un rato puede significar que hace unos días, unos meses, unos años o que ni se recuerda el origen del evento referido. Durante la infancia solo somos presente. Con el proceso de escolarización desarrollamos un fundamento para nuestra existencia que nos ancla en el pasado y con la entrada en las escuelas

profesionales y la universidad disparamos nuestro horizonte hacia el futuro. Con ello, lo que hacemos, es poner en un mismo plano subjetivo el pasado, el presente y el futuro, viciando por completo la consciencia del tiempo y dando lugar a un temporalidad que podríamos llamar plana, sin relieve.

Como he apuntado antes, en comparación con el de otras culturas, nuestro tiempo social es una gélida suma numérica de minutos, días y años, al igual que sucede con los datos estadísticos que marcan casi cada acto de la vida. La esperanza de vida de una mujer mediterránea es hoy de 84 años, la de un hombre tan sólo de 78. Nada sobre su esperanza de vivir felices. El reloj de pantallita digital es el artilugio y el símbolo más claro de esta angustiante concepción lineal del tiempo. De ahí que, a pesar de tantos diseños atractivos de relojes digitales que solo muestran cifras, la mayoría seguimos prefiriendo el reloj circular de manecillas que giran sin principio ni fin, en un espacio que nos resulta acogedor. En este sentido también podemos recordar que, en contraste con nuestro tiempo lineal, otras sociedades y otras épocas de la nuestra medían el tiempo con relojes de arena o de agua. Era un tiempo distinto.

La bella obra *El libro del reloj de arena* (JUNGÜER. 1998), del filósofo alemán que vivió más de un siglo y estuvo escribiendo hasta casi el último día de sus existencia, Ernst Jünger, pone de relieve que los antiguos recipientes de arena medían un tiempo solo circunscrito a la actividad que se debía medir. Se encapsulaba la cantidad de tiempo que debía permanecer un recipiente en el fuego, se medían los tres minutos que tarda en hacerse una infusión de buen té antes de amargar el sabor, pero acto seguido se dejaba de nuevo el tiempo en libertad. Para ellos, y en buena parte, prevalecía la percepción subjetiva del tiempo, los anhelos y las calidades humanas que le dan contenido.

Hemos de admitir que así como en la época de Emmanuel Kant los seres humanos daban vueltas en torno al conocimiento, en la actualidad estamos girando entorno de ser, del carácter y, en definitiva, del destino. Todo el interés de la denominada Nueva Era se centra en la idea de ser, no en conocer. Y se trata de dos estilos de pensar muy dispares, casi opuestos, que conllevan

modos distintos de valorar el tiempo. La primera concepción cultural concibe el tiempo como forma de conocimiento, la actual como senda del destino hacia un punto final en el que seré, lo que da pie al gran auge de horóscopos y técnicas oraculares que se ofrecen en el mercado de creencias en que se han convertido nuestras sociedades.

De ahí también que nuestro tiempo oficial y formalmente organizado haya marginado hasta el olvido o, peor aun, a menudo hasta la oscura ilegalidad, la experiencia extática de la atemporalidad. Esta vivencia constituye, en otras culturas, la experiencia cumbre, el centro del ritual que permite enlazar el mundo temporal de los humanos con el mundo sin tiempo de los dioses. También ahí hay que situar la causa real de que tantas plantas psicoactivas y técnicas catárticas de uso milenario hayan quedado en el límite de lo sospechoso o dentro mismo del objetivo a perseguir por parte de nuestros políticos, y no por otras razones que se suelen esgrimir apoyadas por –nuevamente– engañosas cifras estadísticas. El Estado se considera propietario de nuestro tiempo, aunque disfrace la zanahoria con formas engañosas y eufemismos diversos, y sólo acepta que sea un tiempo productivo y obediente, de ahí que no se nos permita acceder con facilidad a la experiencia cumbre de nuestra especie, la vivencia trascendente del no tiempo, por muy enriquecedor que ello sea para el desarrollo armónico del ser humano.

#### IV

La tercera gran categoría de tiempo a la que me voy a referir es el tiempo experiencial individual. La calidad del tiempo que vive cada persona suele ser la más importante y, aunque está íntimamente mezclada con el tiempo social, no es lo mismo. El tiempo individual o psicológico tiene extensión (o experiencia) y profundidad (o consciencia). Lo que la consciencia humana percibe no es el tiempo –algo inexistente en sí mismo– sino la experiencia que cada uno tiene en cada momento, y a esto lo llamamos el paso del tiempo, en el cual domina la calidad no la cantidad. Servan-Schreiber cuenta una anécdota del gran literato chino contemporáneo Pa Kin. Cuando tenía 85 años de

edad, Pa Kin fue condecorado por el presidente francés François Mitterrand e invitado a ir a Francia. Al saberlo su respuesta parece que fue: “¿Para qué? ¿Con quién tengo que encontrarme? ¿Qué tengo que ver allí? Mire Ud. –añadió–, tengo la impresión de que me quedan siete dólares y con ellos no quiero comprar cacahuetes” (SERVAN-SCHREIBER. 2001). Pa Kin sabía muy bien –era consciente– qué contenido –actividad– quería dar al tiempo de vida que le quedaba.

Así, por un lado, los humanos podemos experimentar el tiempo y esta experiencia depende del nivel de actividad orgánica que el sujeto desarrolle. De ahí que cuanta más actividad se realiza, más rápido parece pasar el tiempo y viceversa, a menor actividad orgánica el tiempo pasa con lentitud y aparece el aburrimiento. Por otro lado, podemos tener una consciencia del tiempo que depende de la carga emocional y del recuerdo del pasado que lo impregnan y que otorgan determinada calidad a cada instante, a cada “ahora”. Además, parece que ambas dimensiones del tiempo subjetivo son inversamente proporcionales: a más experiencia del tiempo, es decir a más actividad, menor consciencia, de lo cual se infieren varias premisas aplicadas.

La primera consecuencia que se me ocurre es que la extendida costumbre de mirar el reloj de forma compulsiva –el familiar gesto seco de muñeca– y de obedecer ciegamente el famoso postulado norteamericano según el cual el tiempo es dinero, *time is money*, derivan en un nivel frenético de actividad económica, lo cual disminuye el nivel de consciencia. El dinero se consigue ocupando el tiempo con actividades remuneradas, lo que a su vez, y como he expuesto antes, convierte el tiempo en una experiencia unidimensional, plana y pobre: solo hay tiempo cuantitativo –el dinero es todo igual, solo se suma o resta– y a nivel individual aumenta la experiencia del tiempo, la actividad, pero no la conciencia, la profundidad. El resultado, si se compara nuestro tiempo con el de otras sociedades, es que en el Occidente postindustrializado prácticamente se ha perdido la experiencia cualitativa de tiempo, con alguna excepción minoritaria. Incluso el tiempo desocupado de actividades de interés monetario –el ocio– ya no suele orientarse a la reflexión o a la toma de

consciencia, sino que se llena con otras actividades transferidas en forma de píldoras virtuales de noventa minutos, lo que suele durar una película. Cuando el sujeto deja de experimentar el tiempo a través de sus actividades reales, se adhiere como una lapa psicológica a las cuitas del protagonista de la película o del programa televisivo. La tendencia dominante, pues, evita la toma de consciencia del tiempo ya que esta dimensión subjetiva depende de la carga emocional y del recuerdo del pasado que impregnan cada instante. Se evita el encuentro con las propias emociones y con el propio pasado, de lo que deriva, como es bien conocido por la psicología, una sociedad de orientación psicótica. Los ascetas, monjes y sabios intentan mantener su agenda completamente vacía, los hombres de negocios y los políticos, lo más llena posible. Ahora tal vez se puede entender mejor que nuestros ancestros griegos carecieran de término alguno para referirse al tiempo abstracto como hacemos nosotros.

## V

Como aportación final, será interesante analizar con mayor detalle la naturaleza que adquiere el tiempo en nuestras sociedades postindustrializadas. A riesgo de parecer una tautología cabe afirmar que el tiempo en que vive sumergido cada pueblo es lo que hace de ello cada sociedad colectivamente y cada individuo subjetivamente. Por tanto, el tiempo se puede construir a voluntad. En este sentido, insisto, cada día hay un convencimiento más generalizado de que el tiempo no existe como factor externo, que no es más que una ilusión o una sucesión de “ahoras”, concepción budista que nuestros físicos, desde el descubrimiento de la cuarta dimensión, han apuntalado también para la cosmovisión científica. El tiempo –nuestro tiempo humano, distinto del de cualquier otra especie viva– es una escala creada por nosotros para medir nuestros propios logros, nada más. Por tanto, el tiempo cambia según la forma en que el ser humano lo vive y lo percibe.

En otras sociedades primaba la vivencia temporal cualitativa y subjetiva. En las nuestras prima la alta formalización cuantitativa. Una conferencia suele durar sesenta minutos, con independencia de que resulte mortalmente abu-

rrida o interesante y atractiva de escuchar. Esta es la naturaleza del tiempo en nuestras sociedades modernas. Entre los shuar amazónicos, como entre la mayoría de pueblos tradicionales, un buen orador puede estar horas hablando, incluso ver el amanecer rodeado de su auditorio: a nadie se le ocurriría marcharse del lugar si está escuchando algo interesante, ¡son tan escasas las ocasiones en que sucede esto!

El tiempo moderno disfruta también de otras características que le son propias y diferenciales. En especial hay tres rasgos que voy a enumerar esquemáticamente (siguiendo una propuesta de J.L Servan-Schreiber). El tiempo moderno es único, encadenante y abrumador.

En la actualidad, la humanidad vive un tiempo único en el sentido de que todas las regiones de la Tierra están sincronizadas exactamente a la misma hora. Es de todos sabido que las cifras de los usos horarios cambian según la latitud terrestre, pero la señal horaria es la misma en todo el mundo. Nuestros ancestros vivían en mundos temporalmente diferenciados no solo por la hora sino, insisto, por el carácter del tiempo: Kairós, Chronos, Shih Chi... refieren mundos temporales distintos, no solo horas diferentes dentro de una misma temporalidad.

El segundo factor diferencial de nuestro tiempo en relación al de otras culturas u otras época, es que se trata de un tiempo encadenante. Los hábitos sociales nos encierran en una red cuya malla está expresada en tiempo. Es invisible pero férrea. A diario seguimos muchos horarios –del trabajo, de reuniones, el cierre de servicios y tiendas, los informativos y la película nocturna de la tele...– que nos mantienen obedientes a la cadena única, mucho más que en ningún otro momento de la historia. Corremos para producir más y mejor en el mismo lapso de tiempo laboral. Al acabar las estresantes obligaciones del trabajo corremos un poco más para alcanzar a comprar algo de comida en el supermercado antes de que cierren. Después pasamos rápido por la tintorería para recoger una pieza de ropa. Luego, más rápidos aun, nos acercamos a una tienda de discos para adquirir un CD de música relajante que nos han reco-

mendado, al mismo ritmo frenético llegamos al hogar antes de que regresen nuestros hijos del gimnasio para cocinar y cenar a toda pastilla, y así tratar de tener un poco de tiempo libre después de la cena para acabar de preparar un artículo que corre urgencia y revisar un informe que hay que entregar al día siguiente por la mañana, antes de volar al aeropuerto para coger el avión. Toda nuestra vida está regida y encadenada por este tiempo cuantitativo y único.

De aquí deriva la tercera característica de la moderna temporalidad, que es abrumadora. Para poder subsistir en nuestras sociedades postindustrializadas es imprescindible ser muy competitivo, lo cual significa incrementar constantemente la cantidad y la calidad de actividades que se realizan en un fragmento único de tiempo. La consecuencia inmediata es que la actividad laboral impera sobre el tiempo. Ya no son las estaciones naturales o las horas de luz solar lo que marca el ritmo cotidiano, sino que es la entrada y salida del trabajo, más los cursos de educación permanente que hay que realizar para ser competitivo en el trabajo. En las antiguas colonias industriales estaba incluso prohibido saber la hora y, por tanto, llevar reloj. El patrón era el dueño único de la empresa y del tiempo. Sólo él podía determinar la duración efectiva de las jornadas laborales y las imponía a sus asalariados. Con el transcurrir de la historia moderna se suma otra variable a esta situación de por sí estresante, y a las anteriores imposiciones empresariales en cuanto al control del tiempo se añade el ritmo frenético de la productividad que debe aumentar sus resultados en cantidad y calidad trabajando el mismo lapso. De ahí que en las fábricas de los siglos XX y XXI, el reloj acaba por convertirse en un cronómetro que amenaza la ya frágil estabilidad laboral y, dado que los asalariados ya no producen sus propios alimentos y utensilios de uso cotidiano, no tienen otra alternativa que adaptarse a los horarios de rasgos tecnológicos que impone nuestra sociedad. La vida va tomando un aire agobiante y abrumador.

A mediados del siglo XX, cuando las conquistas sociales que tanta sangre costaron a los sindicalistas y obreros de la época, permiten a las masas disfrutar de un cierto tiempo de ocio, el individuo acaba por descubrir que también debe estar a la hora en punto a la entrada del cine o a la salida del tren. La

zanahoria de la tranquilidad y el bienestar se aleja de nuevo y así es como el individuo contemporáneo, cuya soberbia le hace sentir en las cúspide de la civilización del ocio y de la libertad, en realidad está en la misma situación que Gulliverd en el país de los liliputienses: amarrado por multitud de sutiles lazos horarios que le impiden movimiento alguno. Ninguno de estos lazos, por sí solo, es capaz de inmovilizarlo pero en conjunto orientan completamente su vida y anulan su libertad de movimiento. No queda tiempo para la reflexión ni para la calidad real de vida.

Hoy día el estrés se ha convertido en la primera causa de mala calidad de vida. Según afirma J.L. Servan-Schreiber, más de una cuarta parte de las mujeres y el quince por ciento de los hombres se lamentan crónicamente de ello. Y la principal causa de estrés es la mala relación con el tiempo. Así pues se puede afirmar que la característica dominante del tiempo de nuestras culturas es que es de muy mala calidad, es estresante. Hace ya más de tres décadas que Alvin Toffler (TOFFLER. 1974), uno de los padres de la moderna prospectiva, anunció que: a) por un lado se puede acelerar el ritmo con que se lleva a cabo una actividad; b) por otro lado, se puede acostumbrar a un ser humano a sufrir cambios frecuentes en su vida, pero c) no se puede mantener la vida de un ser si se lo somete a una aceleración creciente y a una situación de cambio también creciente. Esta orientación temporal simplemente acaba en colapso. Aristóteles anunció algo similar en otras palabras cuando dijo que, si se le daba tiempo suficiente, podía conseguir que una rana viviera en agua hirviendo. Así pues, o bien hay cambios seguidos del tiempo de adaptación necesario, o hay aceleración en la realización de pautas ya dominadas, pero ambos patrones no pueden durar mucho tiempo juntos. Una de las características dominantes del tiempo en nuestras sociedades, pues, es que es de pésima calidad, como el aire y el agua, porque nos vemos obligados a aprender más cosas en menos tiempo y a realizarlas a mayor velocidad. El tiempo griego kairós, el momento adecuado para acto, ha dejado de existir y el modelo más claro de esta doble aceleración colapsante es el tiempo tecnológico.

La tecnología que hemos puesto en el centro mismo de nuestra escala de va-

lores culturales ha tratado al tiempo de la misma forma que a la naturaleza, haciendo de ambos un uso irreflexivo y prepotente como si fueran bienes ilimitados, cuando no lo son. El día tiene veinticuatro horas y no se puede forzar aumentando la cantidad de actividad a realizar de forma ciega. Ganar tiempo al tiempo es una frase hecha tan usada como estúpida si se piensa en su contenido. El tiempo se puede usar mejor por el procedimiento de no malgastarlo y de ordenarlo mejor, pero no se puede poner en competencia consigo mismo, y más aun si se trata de algo que no existe.

Así, esta misma tecnología que tanto idolatramos rompe nuestro tiempo humano como si fuéramos máquinas y nos vemos obligados a existir dentro de un tiempo fraccionado que produce vidas dispersas y esquizoides. La tecnología permite un ingente aumento de la productividad, algo de todos conocido. Esta megaproductividad derivada de la robotización es un milagro y una maldición a la vez para nuestras sociedades actuales. Permite que cada vez haya menos gente ocupada en fabricar bienes de consumo y que, además, los elabore en mayor cantidad. Esto abarata los costes constantemente y a la vez va dejando más y más personas en el paro, en la incertidumbre vital y en las aceras de las calles. También esta situación permite que se acumulen cantidades inconmensurables de bienes en manos de una minoría, y todo ello al ritmo creciente de las irreflexivas (cuando no homicidas) decisiones de los actuales gobernantes cada día más alejados de la sociedad.

Otra consecuencia del aumento de la rentabilidad del tiempo productivo gracias a la tecnología es algo que cualquier occidental conoce: los individuos que no tienen trabajo fijo –la mayoría de los jóvenes– viven saltando de una ocupación inestable a otra, en situación de precariedad, durante años y con independencia de sus habilidades o estudios. En cambio, aquellos que mantienen un empleo se ven obligados a trabajar cada día más por el mismo o menor sueldo relativo. Así, la productividad nos puede liberar cierta cantidad de tiempo laboral y hace bajar los precios, pero cuando estamos en el trabajo nos obliga a ser cada vez más eficaces, a estar más tensos y a dedicar más tiempo extra a mantenerlo, por ejemplo siguiendo planes de Formación Per-

manente durante las pocas horas libres de que disponemos. De ahí que otra característica del tiempo actual sea su valoración económica. En este estilo de construcción del tiempo –y de la vida– son pioneros modélicos los individuos norteamericanos y su ética protestante. Para ellos cualquier instante tiene un precio económico, cosa que, en esta ya larga reflexión sobre el tiempo, me conduce a plantear algunas preguntas. Por ejemplo ¿tiene el mismo precio una hora dedicada a leer una profunda novela de J. Fowles o de W. Shakespeare, que un texto técnico o que una hora dedicada a jugar con los hijos pequeños? ¿Tiene el mismo precio la hora si leo plácidamente en casa o si lo hago en mi oficina? ¿Quién fija el valor de la hora: el padre, los hijos pequeños, el editor o el director de la empresa para la que trabaja?...

Con frecuencia se considera que el dinero es una forma de tiempo diferido. Es decir, el dinero ahorrado proviene de un tiempo de trabajo cuyo disfrute se puede posponer según los deseos de cada uno. ¿Es cierta esta afirmación de los economistas? ¿Tiene el mismo valor una hora de estrés laboral que una hora de vacaciones pagadas con el fruto del estrés laboral? Voy a narrar un ejemplo extremo y actual: los peones cafetaleros en Colombia. En agosto del año 2001 estos obreros del campo cobraban unos 7.000 pesos limpios (equivalente a unas 630 pesetas o tres euros y setenta y ocho céntimos) por semana, a razón de 9 a 11 horas diarias de trabajo. Durante el fin de semana los peones pueden salir de la explotación cafetalera, generalmente situadas en contextos rurales alejados, e ir a la ciudad más próxima a descansar y a divertirse. En cualquier ciudad colombiana, una taza del mismo café que el obrero ha estado cosechando durante toda la semana a un promedio de 60 kg diarios, tomada en un bar de mediana categoría le costará unos 800 pesos. Es decir, con el dinero ahorrado tras trabajar toda la semana recolectando café puede comprar nueve tazas de café en un bar. Nada más, sobran comentarios. A partir de ahí se vislumbra otra característica del tiempo actual y es que tiene una cierta estructura esquizofrénica: a cambio del desgaste que supone recoger 300 kilogramos de café puedo comer en la misma plantación y tomar ocho tazas de café en infusión en un bar.

Así, y ya para acabar, por un lado el tiempo de trabajo es un tiempo de tensión y de eficacia extrema, pero el tiempo de descanso que se anuncia como tiempo pasivo, en realidad es un tiempo de consumo que se ve transformado en otro tiempo igualmente activo pero para adquirir ocio y bienes de valor simbólico. Tan solo llamar la atención sobre la gran cantidad de veces que corremos para comprar unos zapatos o ropa antes de que cierren los comercios, o para adquirir las entradas a un espectáculo... pero después ¡Cuántos libros comprados y jamás leídos hay en las estanterías de las casas, o cintas de video o CD relajantes nunca vistos o nunca escuchados! Es un juego cultural perverso que consiste en entregar una cierta cantidad de tiempo –de vida– para recibir a cambio otra menor. Sin duda que la jugada más astuta de Henry Ford fue pagar a sus empleados sueldos suficientemente elevados como para que pudieran comprar los mismos coches que ellos fabricaban, con ello estaban regalando su tiempo y su vida al patrón. Hoy día hacemos lo mismo al comprar aquello que nosotros fabricamos o al usar los mismos servicios que damos, pero adquiriéndolos a un precio superior al que nos han pagado por ello.

Finalmente, y ya para acabar, a pesar del aparente y creciente tiempo disponible, las horas que nos pertenecen por completo son cada día más escasas. La imagen gráfica del tiempo actual, recorriendo de nuevo a J.L. Servan-Schreiber es el anuncio publicitario de televisión: en 20 segundos tiene de que decir todo y llegar a todos. En la vida cotidiana sólo se precia el tiempo de actuar, pero el imprescindible tiempo de reflexionar ha desaparecido. De la misma forma que ha desaparecido el tiempo de realizarnos como seres humanos. La actual precipitación nos lleva a no hacer casi nada a fondo con el fin de poder hacer más cosas en el mismo lapso temporal. Una sociedad impaciente es una sociedad superficial y llena de miedos ya que no se plantea las cuestiones profundas que nos otorgan la calidad de seres humanos y el temple necesario para existir con dignidad. Es así como los interrogantes profundos relacionados con la existencia humana quedan sin respuesta en este saco oscuro que hay tras la actividad frenética, pero como tales cuestiones forman parte inherente de nuestra consciencia humana, en algún inexorable momento aparecen

por entre las grietas del tiempo cuantitativo y se plantan ante los ojos de la mente exigiendo una respuesta con urgencia traumática (el origen de la vida, el sentido del dolor, la muerte...). Entonces lo denominamos crisis existencial y se resuelve a golpe de ansiolítico o de antidepresivo.

Como les decía al principio parafraseando a S. Agustín, si estoy en silencio sé qué es el tiempo pero si tengo que hablar de él ya no lo sé. Tal vez la respuesta a la pregunta sobre la naturaleza del tiempo no sea hablar de él sino vivirlo con consciencia individual y con calidad, buscando de nuevo el camino hacia las experiencias extáticas donde reina el no tiempo, el instante eterno. De aquí, la necesidad urgente de agarrar algún tiempo por entre los hilos liliputienses que nos atan a la actividad frenética para no hacer nada, para recuperar horas vacías de actividad ya que, como dicen los alemanes, una de estas horas será la última.

#### BIBLIOGRAFÍA CITADA

FERICGLA, Josep M<sup>a</sup>, 1990, Los ritos y tradiciones de fuego en el antiguo Reino de Aragón (Aragón, Cataluña, Islas Baleares y País Valenciano), ed. Aragón, Zaragoza.

HOFFMANN, Yoel (prologuista y comentarios), 2000, Poemas japoneses a la muerte, DVD poesía, Barcelona.

JÜNGER, Ernst, 1998, El libro del reloj de arena, Tusquets, Barcelona.

LARRE, Claude, 1979, "Percepción empírica del tiempo y concepción de la historia en el pensamiento chino", en Las culturas y el tiempo, pág. 37-66, UNESCO y ed. Sígueme, Salamanca.

UNESCO y ed. Sígueme, Salamanca.

LLOYD, G.E.R., 1979, "El tiempo en el pensamiento griego", en Las culturas y el tiempo, pág. 131-168, UNESCO y ed. Sígueme, Salamanca.

REEVES, H., ROSNAY, J., COPPENS, Y., SIMONNET, D., 1999, La història més bella del món, edicions 62, Barcelona.

SERVAN-SCHREIBER, Jean-Louis, 2001, El nuevo arte de vivir el tiempo, Paidós, Barcelona, BsAs.

TOFFLER, Alvin, 1974, El shock del futuro, Plaza y Janés, Barcelona.